

# SINTESIS DEL "TRATADO DE LA VEJEZ" DE MARCO TULIO CICERON

Por  
F. GARCIA Krautz  
Profesor Jubilado Universidad de Chile—Santiago



ES OPINION vulgar, dice Cicerón, que la vejez es la peor edad del hombre, como que ella marca la decadencia de su vida entera". Pero he aquí que este artista de la pluma, filósofo y orador, orgullo de la raza latina, con toda la autoridad de su prestigio milenario, nos dice lo contrario.

Y experto abogado como es, comienza por concretar los cargos que afean la más digna, la más noble de las edades del hombre, según él.

En ese tiempo también muchas eran las fallas que se achacaban a esa edad. Cicerón las reduce a cuatro principales.

En primer lugar pone ese achaque de su inhabilidad para los negocios; en segundo lugar, el achaque de su debilitamiento general; en tercer lugar, su inhibición frente a los placeres; y en cuarto lugar y esto es lo trágico, la vejez pone en la antesala de la muerte, terror de tantos.

A lo primero, no descartamos de la vejez la dificultad de toda acción, de toda actividad.

Desde luego la gimnasia no es propia de un viejo, ni la necesita. Pero puede dirigirla y animarla. ¿Acaso esos grandes movimientos de tropas, sobre todo en las guerras modernas, ¿no son dirigidas y activadas por jefes ya ajenos a los ejercicios de la juventud? Negar posibilidad de acción a un viejo, dice Cicerón, es como negar posibilidad al comandante de un navio de dirigir sus hábiles movimientos, porque ya no es capaz de trepar como un felino por cables y maromas a grandes alturas, ni correr seguro de sí mismo por angostas escaleras, ni peligrosas pasadas. No es por la agilidad de los miembros ni por la fuerza de los músculos que se cumplen las empresas, sino por la habilidad, la inteligencia y la prudencia, es decir el cálculo, cualidades propias de la vejez. Y no olvidemos: las grandes resoluciones necesitan grandes consejos, es decir, maduros consejos. Dios nos libre de la precipitación tan propia de la juventud. Esa falla de la acción es engendrada por la temeridad, antítesis de la prudencia.

En cuanto al segundo achaque, dice Cicerón: "Yo no echo de menos las fuerzas de mi edad juvenil, mucho menos ambiciono las fuerzas de un elefante o de un toro. La prudencia aconseja hacer uso de lo que se tiene y no de lo que no se tiene. ¿Dónde encontraríamos nada más ridículo que ese clamor de Milon de Crotona, que viendo en su vejez a los atletas lucirse en medio de su carrera, mirando él sus músculos se lamenta llorando: ¡Ah, éstos ya están muertos! No, hombre simple, contesta Cicerón, no están muertos ellos, tú estás muerto, porque la celeridad no viene de ti, sino de tus músculos y de tus riñones".

"El orador, se me ocurre, ha de palidecer en su vejez. Para hablar en público se necesita no sólo inspiración, sino vigor y buenos pulmones. A veces, sin embargo, la voz conserva, yo no sé cómo, toda su resonancia en la vejez. La mía no la ha perdido, dice Cicerón, y bien sabéis la edad que tengo. Un tono calmado y suave no viene mal a los viejos, y su elocuencia mantenida en esta forma, siempre es escuchada con atención.

"Pero si ya no puedo hacerme oír por toda una asamblea, reduzcamos nuestro círculo. Si mi voz ya no tiene la resonancia de antaño de modo que domine un gran público, reduzco mi círculo. ¿Puede verse, continúa Cicerón, algo más simpático que un viejo cargado de ciencia y experiencia, rodeado de un círculo de oyentes y discípulos, pendientes de sus labios con adhesión y cariño? ¿Creéis que la semilla espiritual que siembra el viejo no va a tener más expansión que la contenida entre las paredes que lo encierran? ".

Consideremos ahora el tercer achaque de la vejez: su obligada privación de los placeres.

"Es como un privilegio de nuestra edad senil desarraigar esa tendencia a los placeres que es como un vicio de la juventud. Escuchad, queridos jóvenes, dice Cicerón, lo que decía Arquitas de Tarento, un tan gran hombre justamente célebre: "No hay en la naturaleza peste más dañosa que la voluptuosidad para el cuerpo; ella es la que incentiva las pasiones, y desgarrar y trastorna al hombre. Y por ellas traiciona a su patria, la lleva a la ruina y mantiene criminales relaciones con el enemigo: eso ya no es un crimen, es una abominación. Las violaciones, los adulterios y todas las iniquidades que avergüenzan al hombre civilizado, ¿de dónde provienen sino de la tendencia de los sentidos, el deleite ?

El más bello presente que la naturaleza o la divinidad haya hecho al hombre, es la razón. Este don divino no tiene mayor enemigo que la afición de los sentidos al deleite. Cuando las pasiones dominan nuestro espíritu, desaparece y con él todo principio de virtud. Y para hacer más sensible esta verdad, Arquimedes agregaba : "Imaginad a un hombre entregado a los deleites de los sentidos, en la forma más viva que nuestra naturaleza puede sentir, y decidme , quienesquiera que seáis si no es patente para vosotros que un tal hombre ahito de placer es incapaz de pensar, de juzgar y de entender. Nada es más dañoso y detestable para la razón que la voluptuosidad, porque siempre que está el hombre bajo su dominio, ella extingue en absoluto la luz de la razón".

Naturalmente la vejez vive alejada de estos peligros y más sometida a la razón.

Tratemos, por fin, del cuarto achaque, que parece ser el que más nos preocupa y nos aflige: el temor a la muerte, que ciertamente no parece distante de la vejez.

"Desgraciado mil veces el viejo, dice Cicerón, que en su larga vida no haya aprendido a despreciar la muerte". Tal pensamiento no me parece muy al caso con los marinos chilenos.

"Pero la verdad es, continúa Cicerón, que si con la muerte se extingue el alma, tal hecho nos debe ser indiferente en sentido contrario, debemos deseársela si la muerte la conduce a una región donde vivirá eternamente. Uno u otro hecho es cierto. ¿Qué tengo entonces que temer, si voy a encontrar después de la muerte descanso a mis sufrimientos o una felicidad sin término? ¿Hay alguien tan insensato, aun en la flor de la edad, que se crea seguro de vivir, siquiera hasta la noche? Y vemos a la juventud correr a menudo sin preocuparse del peligro de la muerte. Y ella está más expuesta a las enfermedades y aun a las más virulentas y se repone con más dificultad. Bien pocos llegan a la vejez, y si se contasen más viejos, habría en el mundo más reflexión y más prudencia, porque es propio de nuestra edad, como ya lo hemos dicho, la reflexión, la prudencia y la razón. Sin los viejos no habría orden en la sociedad humana. De ahí el respeto que tiene la república por la palabra del Senado y la veneración por los "senadores". (La palabra senado viene de la latina *senes*, que significa anciano).

"Pero volvamos a la inminencia de la muerte. Cuando el último momento nos llegue,

todo lo que ha precedido a esos instantes se desvanecerá; no nos quedará sino el fruto de la virtud y de las buenas acciones. Las horas se van, y con ellas los días, los meses, los años; el tiempo transcurrido no vuelve y no se puede conocer lo que el porvenir nos depara. La vida es siempre larga para practicar la virtud. Los frutos de la vejez, ya lo he dicho, son el recuerdo de las bellas acciones y el disfrute de los bienes que nos ha dado la virtud. Y debemos contar entre los bienes todo lo que está dentro del orden de la naturaleza, inclusive la muerte, cuando se es viejo. Y nada está más dentro del orden de la naturaleza que la muerte en la vejez. Cuando la muerte hiere a un hombre joven, parece, por lo contrario, que aquello ocurriera a despecho de la naturaleza".

Y continúa Cicerón: "Yo no veo porqué debo retraerme de decir todo lo que pienso de la muerte. Estoy tan al cabo de este tema que creo no desbarrar al hablar de él. Pienso que ciertos personajes ilustres a quienes he tenido verdadero cariño, viven hoy una existencia que sólo ella merece llamarse vida. Mientras que nosotros vivimos encerrados en la cárcel del cuerpo, debiendo cumplir duras funciones, obligados en cierta manera por la férula de la necesidad, porque nuestra alma de origen divino ha caído de su prístina gloria, precipitada sobre la Tierra en las condiciones más indignas de su divino origen". Pero creo que los dioses han unido las almas a los cuerpos para dar a la Tierra genios protectores y para que haya inteligencias capaces de contemplar el orden de los cuerpos celestes y de imitarlos en la perfecta regularidad de sus movimientos. Me han traído a estas creencias no sólo reflexiones propias, sino la autoridad de los más grandes filósofos. Yo he aprendido de Pitágoras y de los pitagóricos, que fueron casi nuestros compatriotas y llamados en otro tiempo filósofos itálicos, que tenían por

cierto que nuestras almas eran como corpustulos divinos, desprendidos de una gran alma universal. Yo he leído todo lo que Sócrates, a punto de morir, enseñaba a sus amigos acerca de la inmortalidad del alma. Y este filósofo era considerado, por el oráculo de Atenas, el más sabio de los hombres. ¿Qué más? Yo estoy convencido, lo creo firmemente, que esta actividad prodigiosa del espíritu, esta memoria admirable del pasado, esta anticipación del porvenir, la disposición para todas nuestras artes y nuestras ciencias y para todas las invenciones de los hombres no revelan una naturaleza perecedera, m un genio mortal.

"Nuestra alma está en movimiento incesante. Y este movimiento no ha tenido principio. Se inició con el alma, pues ella se mueve por sí sola. Por otra parte el alma, por su naturaleza, es simple; no consta de partes fuera de partes. Por eso puede experimentar ese admirable fenómeno de la reflexión en que el espíritu vuelve todo sobre sí mismo. Y así llega a reflexionar que reflexiona, piensa que piensa, etc. Esto prueba que este ser no es extenso, es decir, es simple. Y por tanto es inmortal, porque la muerte es desintegración, es decir, disolución de partes".

En los libros de Jenofonte (1) se lee que Ciro (2) el Antiguo decía al morir: "No penséis, mis queridos hijos, que cuando me aleje de vosotros ya no exista. Cuando estaba con vosotros, tampoco veíais mi alma; comprendíais no más por mis acciones que este cuerpo estaba animado por ella. Creed que ella existe, aun cuando se haya hecho completamente invisible. Yo no puedo creer que las almas pierdan toda inteligencia, cuando abandonan un cuerpo desprovisto de toda inteligencia; pero estoy convencido que libre entonces de toda concomitancia con la materia, recobra entonces su pu-

---

(1) Jenofonte nació en Atenas en 145 a. de JC. Fue a la vez gran general, gran historiador y gran filósofo. Fue el más celebre de los discipulos de Sócrates, por quien tuvo siempre gran reconocimiento y lo defendió ardentemente de sus detractores. Como general se inmortalizó en célebres campañas que fueron para él tema en que sus condiciones de escritor e historiador lo pusieron a la cabeza de los clásicos de su lengua. Se destacó sobre todo como artista de su lengua, mereciendo ser llamado "Abeja Atica", por la dulzura de su estilo y la notable agudeza de su ingenio.

(2) Ciro el Antiguo. El más grande de los monarcas persas. Extendió los límites de su imperio desde el Mediterráneo hasta las montañas de la India y desde el Oxus al mar Eritreo, de modo que llegó a ser dueño de toda el Asa occidental. Se le supone hijo de Cambises y de Mandana, hija de Astiages. Su vida y su muerte están en vueltas en leyenda.

reza y su prístina belleza el alma nacida para la verdadera sabiduría".

"En cuanto a mí, dice Cicerón, permitidme que os hable de mi experiencia. ¿Creéis que yo habría soportado tantos trabajos y tantos desvelos en Roma y en los campos, si hubiese pensado que mi gloria no había de alcanzar más allá de mi vida mortal? ¿No habría sido preferible pasar mis días en el descanso y en la holganza, sin fatigas ni preocupaciones? Pero yo no sé por qué estímulo mi espíritu se levantaba siempre, echaba una mirada a la posteridad y parecía mirar el término de mi carrera mortal, para comenzar a vivir. Si nosotros no somos inmortales, ¿cómo, pues, explicar este afán de las grandes almas de no perseguir en este mundo sino la inmortalidad de la gloria? Ved en su muerte la serenidad del sabio, ved su turbación en el hombre vulgar. ¿No os parece que en el alma del primero, cuya mirada es más firme y penetrante, ha entrevisto más allá de la tumba una vida mejor, que el insensato todo envuelto en tinieblas no alcanza a vislumbrar? Por mí yo no me siento transportado del deseo de volver a ver a vuestros antepasados, a quienes he honrado y venerado, y me siento retrasado al encontrarme en la compañía no sólo de aquellos que he conocido, sino de esos de quienes he oído hablar, he leído y aun de esos otros de cuyas hazañas he escrito.

"Ya voy a llegar, el camino avanza. Creo que sería bien difícil hacerme volver sobre mis pasos. Quien quisiera, con mi voluntad, volver hacia atrás mis años, perdería su tiempo...

"Yo no quiero, sin embargo, maldecir de la vida, como lo hacen tantos filósofos; yo no me arrepiento de haber vivido, porque no creo haber sido aquí un ser inútil. La naturaleza nos ha puesto sobre la Tierra para vivir en ella; pero no para permanecer siempre aquí. ¡Oh bello día aquel en que yo parta hacia esa asamblea celestial, hacia ese divino consejo de las almas, alejado de esta turba y libre de su contacto impuro...

"Si me engaño al creer que las almas son inmortales, me engaño complacido; y en tanto que yo viva, no quiero que desarraiguen de mí este error que me es tan grato.

"Después de mi muerte, si ya no voy a sentir más, como lo pretenden algunos filósofos de poca consideración, yo no tengo que temer que el espíritu de ellos, muerto como el mío, se burle de mi error. Aunque no seamos inmortales, siempre será un beneficio para el hombre que desaparezca cuando llegue el tiempo. Todo está calculado en la naturaleza, todo tiene su término, los días del hombre como todo lo demás. La vejez es la última etapa de la vida. Un drama demasiado largo, fatiga; dejamos la representación, huimos del hartazgo y del aburrimiento.

"Esto es lo que yo quería deciros de la vejez. Quieran los dioses inmortales que vosotros la alcancéis un día, y que vuestra experiencia pueda confirmar lo que yo acabo de enseñaros".

